

El desarrollo humano: dos visiones

/Pedro Flores-Crespo y Pablo Latapí Sarre

En discursos, documentos, entrevistas, programas gubernamentales y aún en declaraciones apresuradas a la prensa, Vicente Fox ha dicho constantemente que su gobierno está trabajando por alcanzar el “desarrollo humano” de la población mexicana. Si bien esto pudiera ser otro *cliché* sexenal, conviene reflexionar sobre esta novedad ideológica del poder.

La perspectiva humanista del desarrollo reapareció y tomó fuerza muy importante gracias a los informes de desarrollo humano publicados por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) a principios de la década pasada cuando varios expertos de la pobreza diseñaron el índice de desarrollo humano (IDH). Este índice está compuesto por tres componentes básicos: longevidad, escolaridad y capacidad económica, y muestra que aunque las economías de los países se coloquen en los primeros lugares de la tabla mundial, su desempeño en términos de desarrollo humano puede variar considerablemente.

Esta aportación filosófica y metodológica cuestiona el economismo con que se condujo el desarrollo de México en sexenios pasados cuando se creía que “el crecimiento de la economía era la única base firme para elevar la calidad de vida de los mexicanos, particularmente de los más necesitados” (Plan Nacional de Desarrollo, 1989:18). Fieles a su ortodoxia, las administraciones federales pasadas se propusieron hacer crecer la economía a como diera lugar sin prestar atención a los crecientes niveles de pobreza y desigualdad los cuales, para algunos, eran considerados como “efectos colaterales” o aun como “mitos geniales”. Por otra parte, había gobernantes que no veían ni oían las voces que señalaban el deterioro de la vida demo-

crática de nuestro país pues estaban convencidos de estar arañando la puerta del “primer mundo”.

Las marchas de protesta, la rebelión indígena, la aparición de grupos guerrilleros fueron considerados fenómenos aislados y resistencias naturales a los cambios necesarios. Esta visión utilitarista y estrecha es precisamente lo que critican los informes de desarrollo humano. El crecimiento económico es una parte fundamental para la promoción del bienestar de las personas, es decir, para que éstas vivan como ellas elijan y tengan razón de hacerlo, pero no hay por qué esperar a que las arcas públicas se colmen de recursos monetarios para promover el desarrollo humano. A la par de sentar las bases para una transformación económica sólida y continua, la voluntad política de los gobernantes, la apertura democrática, el cambio institucional, la distribución justa y transparente de los recursos públicos, la participación de los ciudadanos en la discusión de los asuntos públicos, entre otros, pueden potenciar el desarrollo humano de cualquier país.

Aunque el desarrollo humano es un concepto amplio, una forma de apreciar lo que están haciendo los países por alcanzarlo es conocer el índice diseñado para este propósito. En el caso de México, el IDH colocaba, en 1990, a nuestro país en la posición 40 convirtiéndolo en una nación con un desarrollo humano alto; sin embargo, en 2000, México cayó al lugar 55, lo que significa que a pesar de que los indicadores macroeconómicos arrojen cifras que son motivo de orgullo para los tecnócratas, es mayor el número de mexicanos que se enfrentan a la pobreza y la falta de oportunidades, y la pobreza significa, como el PNUD resalta, no sólo limitaciones económicas sino pérdida de capacidades de los seres humanos para dirigir sus vidas libremente.

Vicente Fox se pronuncia entusiastamente por el “desarrollo humano”, pero preocupa que al mismo tiempo sus políticas económicas vayan en sentido con-

Pedro Flores Crespo es investigador del Instituto de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación de la Universidad Iberoamericana. Pablo Latapí se desempeña como investigador del Centro de Estudios Sobre la Universidad de la UNAM.

trario. El término se trivializa si no se hace un esfuerzo por desentrañar su significado. La historia de Acción Nacional se ha construido con el trabajo y el interés de diversos grupos sociales entre los que predominan los de la derecha mexicana. Su ideología lleva un sello empresarial y traduce principios de la doctrina social de la iglesia interpretados con un sesgo favorable a los intereses del capital.

Es precisamente dentro de ese marco ideológico donde otra interpretación de la idea de “desarrollo humano” difiere en aspectos sustanciales de la que promueve el PNUD. Esta segunda connotación es subjetivista: lo hace consistir en los valores individuales de la persona (cuya “dignidad” se invoca pero nunca se explica), para reforzar la posición de los individuos ante el poder del Estado. Será “humano” el desarrollo si las personas son honestas y cumplen la ley, si favorecen la paz social y sobre todo si son productivas. En el conjunto de valores personales se enfatizan los del “éxito” con clara visión empresarial, la eficiencia, la productividad, la capacidad de competir, el liderazgo y “la calidad total”. De la multiplicación de personas con estas virtudes es de lo que dependerá el “desarrollo humano” del país, lo cual no implica que se transformen las estructuras sociales y económicas ni las pautas de distribución de la riqueza, sino sólo que se multipliquen los éxitos individuales. Es una visión conservadora del “desarrollo humano” que excluye a los perdedores, los ineducables, los inempleables, aunque sean la mayoría. El sentido “humano” sirve para encubrir la antigua teoría de la “derrama” de la riqueza (*trickle down economy*), la cual nunca ha cumplido sus promesas.

Es legítimo que en una sociedad plural cada quien vele por sus intereses, y el capital tiene los suyos. Pero es claro que ambas versiones del desarrollo humano son diferentes. La primera es una perspectiva crítica que, a la luz del imperativo de la justicia, y comprendiendo la complejidad del ambiente social, impulsa políticas orientadas a que todos alcancen su bienestar gracias a las facilidades económicas y sociales que el Estado y la sociedad en general deben generar. En ella se reconoce a los individuos como sujetos responsables que buscan su desarrollo personal a través de las oportunidades que deben generar tanto el Estado como el sector privado; las ONG; los partidos políticos; los medios de comunicación, etc. Ésta es una visión plural de la sociedad y que quiere ser inclusiva a partir de los valores universales de igualdad, justicia y democracia perseguidos por siglos. La segunda versión

del “desarrollo humano” se usa para legitimar valores individuales que de hecho están al servicio de una ideología específica. A sus promotores les estorba la democracia, el debate. El poder económico arguye que es insustituible y reclama privilegios; exige “la mano firme” del ángulo superior de la pirámide, sin ello la nación no progresará. El “humanismo” empresarial vela sólo por los intereses del capital; a los trabajadores se les pueden imponer cargas, al cabo no pueden huir; al capital hay que favorecerlo porque puede abandonar en cualquier momento el país.

En la actual confusión ideológica del gobierno de Fox han habido algunas iniciativas que podrían apearse a la primera perspectiva (como la Ley Federal para Prevenir y Eliminar la Discriminación o el mandato presidencial para facilitar la contratación de personas discapacitadas); pero en sus políticas económicas y sociales predomina ciertamente la segunda; el corazón de este gobierno está a la derecha ■